

ESCRITORES DESCONOCIDOS Y AUTORES OLVIDADOS

Antonio Espina García

Las nuevas formas literarias—¿para qué citar sus nombres?; son una multitud—han dado pocos creadores eminentes. Cuando más, algunos ensayistas aventajados, algunos poetas de inspiración certera, algún que otro novelista que se ha lanzado, audaz, por rutas desconocidas, y llegado a término seguro.

En general, sin embargo, no han pasado, ensayistas, poetas y novelistas, de tanteos, de grandes aspiraciones irrealizadas, de braosar en la sombra, de nuevas formas de expresión, sin llegar a lograda plenitud en sus intentos.

La lucha, muchas veces, ha sido magnífica. Su irrupción impetuosa en los campos de las formas trilladas, manidas, empedradas de lugares comunes, admirable. El intento, por sí solo, tiene un valor imponderable.

Quizá valga más, para la perduración de esa inquietud renovadora, que no hayan cuajado en frutos ya en sazón. Acaso entonces habrían envejecido bien pronto, totalmente, las nuevas formas. En tanto que no madurezcan sus frutos, ahí están como un alerta para que nadie duerma tranquilo sobre laureles conquistados por amoldamiento a lo caduco, llamado a desaparecer.

Lo viejo que perdura, no es caduco. No hay vejez para lo que nació con vida perenne.

Si las nuevas formas no habían de concretarse de manera perdurable, es mejor que sigan aún tanteando modos de expresión, buscando rutas de luz para siempre, e inquietando, con sus críticas, a lo que sólo tuvo luz pasajera y efímera y que por error se cree que aún ilumina.

Entre los jóvenes españoles que más se han adelantado, con independencia, con personalidad, con ímpetu, en estos nuevos caminos de la inquietud por crear nuevas formas literarias, figura, en lugar preeminente, Antonio Espina García.

Apartando lo histriónico que abunda en todos esos intentos, como en cualquiera otra obra humana—y el mismo Espina ha criticado esto más de una vez—, no es posible dudar de que hay, en lo más hondo de ellos, gérmenes para grandes cosas. Antonio Espina se ha adueñado, en muchos aspectos, de las más profundas raíces de esos gérmenes. Fuera de todas las clasificaciones, pero conocedor de sus significados, sus flechas, tanto al nacer como al ser disparadas, han llevado savia y vitalidad, ímpetu y sugerencias infinitas y diversas.

Como crítico y como poeta, que son los dos campos mayores de su actividad, ha dado ya obras de valor señalado y de categoría muy relevante. Son, sin duda, tanteos, pero de los más certeros. Hombre de pasión, su crítica es muchas veces injusta, pero llena de calor humano. Siendo apasionada, inevitablemente, alguna vez había de ser poco justa. Pero el hecho de que invita a la contradicción, también apasionada, es prueba evidente de su alta ejecutoria. Hay, detrás de ella, un hombre inquieto, un hombre que protesta, un hombre que se apasiona y se entusiasma, un hombre, en fin, que aunque se coloque en actitud contraria a la nuestra, está muy cerca de nosotros.

Sus poesías, que pueden parecer arbi-

trarias, tienen, escondida, una ternura lírica del más alto rango. Primero que todo, Antonio Espina es un gran artista.

Y, tanto en crítica como en poesía, vale más lo que sugiere que lo que dice, aunque con frecuencia dice mucho. Acaso sea este su valor más primordial, y acaso también sea este el valor más señalado que puedan tener las nuevas formas literarias: sugerir. ¿Qué más podían apetecer? Mientras sigan sugiriendo, no envejecerán. Antonio Espina, por otra parte, ha dicho y sugerido sobre aspectos y hombres de España cosas admirables. Ha clavado flechas terribles en muchos aspectos mezquinos de la vida española y en la superficialidad de personas españolas no menos mezquinas.

Aunque injusto muchas veces, está siempre dispuesto contra toda injusticia. Y son peores las injusticias que combate que aquellas a que su pasión le ha llevado, las cuales, en el fondo, no son más que un exceso de humanidad impetuosa y dinámica.

* * *

De su libro «Divagaciones. Desdén», he aquí dos notas de honda penetración:

INDICES PARALELOS

Escuelas nuevas : Crítica

La razón de las escuelas nuevas y su rebeldía consiste en la precisión de implantar un arte irresponsable.

La crítica, cuya función fiscal ha sido exclusivamente la de exigir responsabilidades—en literatura: primero responsabilidades retóricas; luego gramaticales; después estéticas,—va perdiendo su pretensión definidora.

Una parte crítica, la que trata de aplicar al método, al análisis, se incorpora a la disciplina fría de la ciencia, actuando a retaguardia del movimiento artístico, e incapacitándose para acuidades de presentimiento, que tanta importancia tienen en la exploración de rutas originales.

Otra crítica, la comentaria, la imprevisiva, única que con relación a las escuelas nuevas puede ser previa, carece, en cambio, de firmeza y hondura, viniendo a quedar como forma doctrinaria de arte adjunto...

Se pretende que las modernas tendencias definan una orientación, ignorando que, por lo mismo de naciendo, requieren desorientaciones hermativas. En Arte, el Oriente es un espejismo del Ocaso.

En cuanto se orienten, en cuanto formulen principios inamovibles, mueren.

Y, ¿qué guía, qué criterio, qué contrastaciones hemos de admitir para diferenciar lo bueno de lo malo, lo uno de lo otro?

Eso es lo difícil.

Desde luego deberemos atenernos a la contraprueba del sentido común.

El Arte bueno es el que más aversión inspira a las multitudes, el que más irrita su incompreensión. Las muchedumbres carecen de virtud, de silencio y tristeza, de

virtudes de jurado y de arbitrariedad, imprescindibles.

En principio, aceptemos todas las expresiones, todas las maneras, sin más restricción que la absoluta indigencia racional.

Al pintor que pretenda pintar un silbido, concedámosle todo lo que quiera, con tal de que el silbido suene.

Si no suena, concedámosle sus pretextos, si sirven a los demás como explosivos para demoler lo que reconocemos como inservible, caduco y perjudicial.

No siempre la originalidad implica efectos creativos.

Algunos «filisteos» (tópico maduro), mantienen la necedad del agotamiento de belleza como causa de los extravíos actuales.

Que el Arte nazca viejo en su fatal sumisión al tiempo, no puede significar escapez de lo que, por corresponder al acervo del mundo moral, es tan impenetrable, diverso e infinito, como las variantes del mundo físico.

Las obras maestras

La fuerza plástica, la plétores de radicales humanas, la disposición propicia a posteriores renovaciones, son las cualidades que dotan al Arte grande de privilegio de permanencia.

Examinando sin hipocresía las obras geniales, se ve que si reviven a través de los años con mérito continuo y distinto, es (salvando su valor fundamental) por las licencias especiales que concedemos al genio.

Por ejemplo, la prosa del *Quijote*, leída sin adulación por el lector corriente, pero instruido, de nuestros días, resulta pesada y oratoria. Ha variado la rapidez en la lectura.

El hombre culto del siglo XVII leía trescientos libros en toda su vida.

Hoy se lee ese número de volúmenes en un año.

Esto obliga a condensar más. Sin embargo, por saber la única forma posible para el *Quijote*, y concedidas las licencias especiales de que antes hablábamos, el estilo subyuga y maravilla en el libro sublimado.

Con los genios rectos, Cervantes, Shakespeare, Goethe, ocurre que no los interpretamos atinadamente por vicio malicioso de lectores críticos. Acostumbrados a la destilación trabajosa de las otras obras, de perspectiva complicada, el agua clara de la sangre encarnada, o la perspectiva sencilla de la llanura interminable, nos desinteresan.

Sólo cuando, infantiles, nos entregamos a ellos, reconocemos su prestigio.

Es que los genios rectos, sepámoslo modestamente, no necesitan colaborar con nosotros.

Hay que interrogarlos cara a cara, ingenuos, aunque tal ingenuidad sea a la vuelta de astucia. Con el corazón suelto. En lo esquemático, puede apreciarse mejor la magnitud de las grandes obras.

A veces, tal arte se reduce a una especie de alquimia moral.